

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

← BARCELONA 19 DE ABRIL DE 1909 →

NÚM. 1.425

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PINTOR ESPAÑOL H. ANGLADA CAMARASA

(De fotografía de los Sres. A. y E. Fernández dits Napoleón.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El vestido nupcial*, por Alfonso Pérez Nieva. — *El ex presidente de los Estados Unidos Teodoro Roosevelt en Nápoles*. — *Viena. Un concurso de modelos de máquinas voladoras*. — *Una expedición de liliputienses en París*. — *D. Pascual Cervera y Topete*. — *Madrid. La jura de la bandera*. — *H. Anglada y sus obras*. — *El actor Caravaglia y la actriz Porro Guasti*. — *Barcelona. El orfeón L'Avenir de Narbona*. — *San Sebastián. Las fiestas de Pascua*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *En Auteuil. Modas y carreras*. — *Vermouth de honor en el Parque de Barcelona*.

Grabados. — *El pintor español H. Anglada Camarasa*. — *Dibujo de C. Vázquez que ilustra el artículo El vestido nupcial*. — *Roosevelt en Nápoles*. — *Primer concurso de modelos de máquinas voladoras en Viena*. — *Expedición de liliputienses en París*. — *Excmo. Sr. D. Pascual Cervera y Topete*. — *La jura de la bandera en Madrid*. — *Las fiestas de Pascua en San Sebastián*. — *Un alto*. — *Novia de Benimamet*. — *Alicantina*, cuadros de H. Anglada Camarasa. — *Barcelona. El orfeón de L'Avenir de Narbona*. — *Sra. Porro Guasti*. — *Ferruccio Caravaglia*. — *«Toilettes» de primavera exhibidos en las carreras de Auteuil*. — *«Journaliste» el caballo ganador del premio del presidente de la República en dichas carreras*. — *Barcelona. Vermouth de honor celebrado en la Vaquería del Parque*. — *Nueva York. Automóvil para regar y barrer las calles*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La primavera, este año, es una coqueta que nos dirige un guiño, arroja como Galatea la manzana, y se esconde entre los sauces para hacernos rabiarse... Su conducta ligera nos trae desesperados. Cuando creemos que es de circunstancias no encender la estufa, resulta que se tiritó, y si al día siguiente la salamandra roja, el sol, desembozándose, se burla de nuestras precauciones.

Nunca hubo marzo más antojadizo, más entreverado de ráfagas y sonrisas... En el anhelo general de que la primavera se afiance, entra por mucho la esperanza de que, cuando la eterna virgen y eterna niña se presente radiosa de alegría y de juventud, cese este apocamiento y encogimiento de ánimo que origina el estado sanitario, no muy satisfactorio, dígame lo que se quiera.

No comprendo por qué se hace del estado sanitario una cuestión política, y es conservador negar la epidemia y liberal exagerar el número de casos... No afirmemos que el servicio sanitario esté en Madrid á la altura que debe estar en las naciones civilizadas; supongamos más bien que en tal punto, lo mismo que en otros, vamos seguramente á la cola. Pero los liberales, ¿tendrían mejor organizado el servicio sanitario que lo tienen los conservadores? Aquí está lo discutible. Por más que discuro, en mi serenidad de persona absolutamente indiferente á la política, no acierto á adivinar dónde estará el partido que represente los intereses de la higiene, la ciencia y la salubridad. Ello es que, sin revestir proporciones aterradoras, el tifus exantemático en Madrid da bastante guerra y convendría arbitrar los medios de extinguirlo.

Hoy es aquí más que una epidemia; ha tomado caracteres epidémicos, y es horriblemente contagioso. Sirvan de ejemplo los casos del alcalde de Madrid, conde de Peñalver—por fortuna fuera de peligro ya,—que lo adquirió visitando los hospitales, los barrios pobres de viviendas infectas, en cumplimiento de su deber, en este caso bien arduo, y del joven duque de Osuna y Uceda, que acaba de morir, y que lo contrajo asistiendo á un enfermo del propio mal. Por cierto que estos dos casos son los que más han sembrado la alarma, precipitando los viajes de primavera, de la gente adinerada, á provincias y al extranjero. Yo recordaba la anécdota famosa, el respetable periodista catalán, á quien un chusco atribuyó la noticia del descarrilamiento en que, «por fortuna, todos los vagones eran de tercera.» Mientras no son atacadas las personas conocidas, no se siente aprensión: por los «vagones de tercera» va la racha. Sólo al oír nombres familiares, nombres de amigos—¡pobre Luis Osuna!—se cree sentir el hálito de la muerte, su frío soplo que eriza el cabello...

Pues bien; si en algo se impone categóricamente la noción de la solidaridad humana, es en esto de la higiene. No es posible que descarrilen los «vagones de tercera» sin que salten hechos astillas muchos de segunda y primera, y hasta los *sleepings*. El tifus es sin duda una enfermedad que acomete más á los depauperados, á los que habitan en viviendas mefíticas y no se nutren lo suficiente; pero es un padecimiento infeccioso, y la infección no respeta á nadie. Ha habido innegable descuido, desde hace muchos años, respecto á los focos infecciosos de Madrid.

Yo no recuerdo desde cuándo viene lamentándose el estado desastroso del Hospital ó barracón instalado en el Cerro del Pimiento. Están olvidadas de puro sabidas tantas quejas de médicos, practicantes, enfermeros, que carecen de material de limpieza, que no pueden aislar á los enfermos, que saben cómo se multiplica el mal por sí mismo, ante el abandono

y la suciedad y la promiscuidad, en los domicilios y en los establecimientos benéficos. Tarde ó temprano tenía que suceder, no por culpa de Juan ni de Pedro, sino por un estado general, un modo de ser público, que nos alcanza á todos. El daño viene de atrás y el remedio exige perseverantes sacrificios.

Probablemente las epidemias y otros fenómenos semejantes—lo mismo que la mendicidad crónica, independiente de circunstancias anómalas que la pudiesen determinar—dependen de la constitución de las capitales, del género de vida de sus moradores, de su atraso, de sus recursos. No diré que no se trabaje en Madrid, ni que no existan industrias; pero mis lectores saben que frecuentemente he comentado la vagancia y holgazanería de la mucha gente que llena las calles de la corte. Existe un numeroso personal sobrante que se echa á la calle por el gusto de echarse, y prefiere vivir sin recursos á vivir de su sudor. Conozco un mozo sano y fuerte, á quien varias veces le buscaron ocupación almas compasivas, y que siempre dejó el trabajo con pretextos especiosos: hoy vaga pidiendo limosna, recogiendo colillas, y ¡Dios sabe! Naturalmente los vagos podrán, por milagro, sostenerse, pero lo verosímil es que su existencia angustiosa y precaria los coloque en situación de contraer más fácilmente, no sólo los achaques morales, sino hasta las enfermedades reinantes, los contagios del momento. El que trabaja y gana su sustento diario, tiene, por un orden natural, casa, alimento, cama, una camisa limpia el domingo. El vagabundo, el mendigo, el hampón, accidentalmente podrá disfrutar hasta de festines; á diario, sólo miseria. Y con la miseria, la enfermedad.

Así como la delincuencia encuentra mayor contingente en los vagos que en los laboriosos, las epidemias tienen en la turba sin oficio ni beneficio campo fértil para su horrible flora. Es, pues, la estructura de la coronada villa, repleta de vagos, favorable al desarrollo de los morbos y los contagios.

No; no será el amor al trabajo lo que mate á una infinidad de paseantes en corte. Aquel «don Lolo» de los Quintero es legión en Madrid, con su crónica desocupación y su ropa raída. Ocasión hubo de comprobarlo, con motivo de las recepciones vespertinas de la duquesa de Najera. El palacio de esta gran señora se alza en la calle de Alcalá, sitio céntrico por excelencia. Desde las cinco de la tarde situábase allí una compacta muchedumbre de ociosos, mujeres con mantón ó velillo, hombres de hongo y capa, á no perder el espectáculo nunca visto de unas cuantas señoras que se bajan de un coche y entran en un portal... Formados en doble fila, empujándose para no desperdiciar átomo de tan extraordinaria diversión, esperaban largas horas en pie, como esperan el desfile de las corridas de toros, ó el paso del rey si se sospecha que va á cruzar... Pero ¿qué es esto al lado de otras muestras de *far niente* y curiosidad que diariamente presenciamos? Bajaos de un coche de punto y cambiad unas cuantas palabras con el cochero, sea para darle una orden, sea para advertirle que en vez de hora y media que pide, vuestro reloj señala hora y cuarto de marcha: y en el acto veréis reunirse á vuestro alrededor cinco, diez, veinte, cien personas que os avizoran, que os fisgan, que os aprietan, como si acabase de cometerse allí un crimen, como si estuvieseis dando ó recibiendo puñaladas... Apeaos á la puerta de una tienda: si lleváis un traje de seda, un sombrero de campana de estos feísimos de última moda, allí se agolpará todo el barrio, comadres, tíos, papanatas, chiquillería, y se formará en dos filas—ya tienen perfectamente aprendido el movimiento—y os aguardará, para no quedarse sin admiraros irónicamente, con rumores de envidia, entre chistes oídos la víspera en un *cine* dramático. Y pregunto: ¿sucede tal cosa en los pueblos que adquirieron el hábito de trabajar? Los que así viven en la calle, y están pendientes de lo que no les importa, y se paran y abren la boca, y pierden horas ante lo insignificante y corriente, ¿tendrán que hacer en su casa, en su taller, en su escuela, en su obrador?

Ha venido á dar una nota más triste si cabe, dentro de las sombras preocupaciones que originan siempre las epidemias, aun las benignas, la muerte del compositor Chapí, rendido, no al contagio, sino á la traidora pulmonía matritense, la que el Guadarrama esgrime contra los habitantes de la altiplanicie central. Chapí era joven aún, para el arte por lo menos, pues no había cumplido los cincuenta y ocho, y «me parece que no los cumplo», decía con profética alarma, y Chapí sucumbió cuando acababa de lograr un triunfo, muy discutido, pero halagüeño, con el estreno tantas veces aplazado—y en malas condiciones—de su ópera *Margarita la Tornera*. La misma semana en que ocurrió su muerte, los periódicos ilustrados publicaban grabados donde el maestro aparecía, copa en mano, brindando regocijadamente

en el banquete que le ofrecían sus admiradores... A la semana siguiente, lo que publicaron fué su retrato en el lecho mortuario.

Y aparte del momento en que la muerte le hirió por la espalda, Chapí ha tenido que ser muy llorado, porque se encontraba en plena producción, en lo mejor de su carrera. La última obra que estrenó, el goyesco sainete de Répide *Los Majos de Plante*, está llena de facilidad y de frescura, es la obra de un artista que no necesita forzar la inspiración; que la encuentra á mano, copiosa y rica. Si los que sostienen que *Margarita la Tornera* es una obra maestra estuviesen en lo cierto—libreme Dios de dar la razón á nadie, me falta competencia,—habría que reconocer la verdad de lo que se oye repetir: España ve desaparecer á los insignes, cuando más esperaba de ellos. Y aun suponiendo que haya hipérbole en lo referente á *Margarita*, aun restando de la producción de Chapí esta ópera, de la cual cantaba trozos en su delirio, con lo hecho en género de menores pretensiones, la zarzuela, bastaría para que debiésemos ceñir de negro crespón la estatua del arte nacional. La zarzuela no es despreciable, ni mucho menos; hay quien cree que ciertas obras de Mozart y Beethoven tienen carácter de zarzuela. Por lo menos, conozco óperas cómicas que de zarzuela calificáramos, y figuran entre las perlas de la música clásica. Auber y Flotow no son, verdaderamente, pelagatos. Y *La bruja*, *El rey que rabió*, *La tempestad* hubiesen sobrado para cimentar justamente la fama de Chapí.

No olvidemos la *Fantasia morisca*. En el lenguaje hay un testimonio fehaciente de la popularidad de tan encantadora composición. Cuando se dice algo que no tiene más fundamento del que la imaginación le da, suele añadirse sonriendo: «¡Bah! Fantasías moriscas.» ¿Quién no la habrá tarareado? ¿Quién la desconoce? ¿En qué paseo de provincia, á la hora feliz de los «acompañamientos» galantes, no habrán resonado los compases de la *Fantasia*, de una nostalgia africana, que recuerdan las Alhambras caladas y misteriosas, los patios refrescados por los surtidores, las kásidas árabes y las estrofas zorrillescas?

La producción de Chapí es abundante, lozana, infatigable. Surtió á todos los escenarios, sin desatender otras labores, como el cuarteto que hace muy poco hemos oído ejecutar en los conciertos de Cuarema, y que va por los caminos de la música seria actual. Dicen los que le conocían mucho que trabajaba incesantemente. Tal vez la labor ruda le haya gastado, preparando el terreno á la pulmonía. Empezó por *gripe*. La *gripe* suele acometer á las personas algo debilitadas, sea por excesos de otro género, sea por los de la fatiga mental y cerebral, inevitable en los luchadores del arte, que suman dos desgastes: el de la producción continua, y el de la inquietud y afán de sobrepajarse á sí propios, de concebir y crear la obra definitiva que ha de consagrar su nombre y perpetuar su memoria. Y ambos motivos hubo para que Chapí se gastase y sufriese quizás—bajo todas las apariencias de la salud—esa disminución de las energías vitales, ese cansancio arterial que prepara el terreno á las infecciones.

¡La *gripel*! ¡Qué insidioso padecimiento! ¡Cómo hace la capa á los otros males! ¡Cómo se reviste de todas las formas de su proteica naturaleza, y lima y arruina lentamente las constituciones más recias, y conjurada y vencida al parecer, vuelve, vuelve, se desliza en el lecho!

«Fulano está desconocido; parece que le han echado veinte años encima... Es que acaba de pasar la *gripe*.—Mengano ha tenido que salir hacia un clima más tónico ó más suave. La *gripe* lo exige: si no, no acabaría de reponerse, y acaso se le declare la tuberculosis.—El pobre Sr. de R... se ha muerto. Pues ¿qué padecía? Nada, ó poco menos que nada: la *gripe*, que en los viejos es de desenlace muy peligroso.» Y así, unas veces abriendo brecha, otras cumpliendo francamente su obra destructora, la *gripe* triunfa desde que las hojas caen... Es la enfermedad de la retirada de la savia; es el mal de la decadencia de las fuerzas. Su invisible garrote apalea los huesos sin dejar verdugones ni cardenales en la piel, y su copa de narcótico hiela en las venas la sangre, intoxicándola y destruyendo su actividad bienhechora. Así, Chapí empezó por encontrarse «agripado...» Y no era nada, era sólo el poquillo de influenza... La pulmonía llevaba careta: se la quitó, y se vió su faz esquelética, sus ojos vacíos, el rictus de su boca sin labios. Quizás si desde el principio se hubiese conocido la índole del padecimiento, se conseguiría ponerle dique. Cuando se comprendió de qué se trataba, era tarde. El corazón, agitado poco antes por tantos sueños de gloria, dejó de latir, en un segundo...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



EL VESTIDO NUPCIAL

POR ALFONSO PÉREZ NIEVA. DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ

La sala del teatro de bote en bote, invadida por una muchedumbre enorme, á la que atrae el doble aliciente del estreno de una ópera de asunto contemporáneo, dirigida por su propio autor, y del debut de una tiple juvenil, casi una adolescente, que hace sus primeras armas en la escena. Los palcos son una constelación inmensa de joyas que resplandecen sobre los fondos rojos de las tapicerías de terciopelo; en las butacas, plumas y encajes entre las manchas de los fraques negros; en el «paraíso», una oleada de cabezas que se mueven impacientes. Hay en el humano hacinamiento algo más que el entusiasmo artístico; hay la curiosidad despertada por lo romanesco, por algo de inusitado y misterioso transmitido de boca en boca. Mientras el violín concertino va dando el tono de atril en atril á la legión de la orquesta, media docena «del abono» de lo más distinguido del club charla en el foyer blanco, arrellanada en los muelles y suaves cojines.

UN JOVEN (estirándose un puño de la camisa).— ¿Pero es cierto lo que se cuenta? Usted, marqués, que vive entre bastidores, ¿qué sabe de tal fábula?

MARQUÉS (acomodándose su monóculo).—No hay semejante fábula, querido vizconde, sino una realidad vivida, aunque parezca un trozo de novela de Jorge Sand.

OTRO ABONADO.—Dicen que esta signorina Alicia, que sabe Dios cómo se llamará, no es sino una antigua chiquilla bohemia.

MARQUÉS.—Y dicen bien; la signorina Alicia, que debuta y que va á estrenar esta ópera, es efectivamente una ex gitanilla...

VIZCONDE.—Venga la historia sin más rodeos.

MARQUÉS (descruzando las piernas y adoptando una postura un poco oratoria).—Pues bien, sí, señores, un idilio y una tragedia íntimos, en su origen un poco vulgar... Una cuadrilla de gitanos, que precisamente atravesando el bosque de nuestra ciudad, abandona cruelmente en lo más espeso de él á una pobre morenilla que la estorbaba; un paseante habitual y enamorado de las frondas, un músico romántico y ya compositor estrenado que se la encuentra, y compadecido de sus diez años graciosísimos y desamparados, la recoge y la educa, descubriendo en aquella garganta enronquecida por las intemperies y los alcoholes el hilo de perlas de una voz incomparable, y al cabo del tiempo y tras de una verdadera empresa de paciencia, esta noche solemne en que la gitanilla se presenta al público á cantar en una obra nueva de su maestro y protector... *Et voilà tout...*

VIZCONDE.—Es una verdadera novela, tiene usted razón.

EL OTRO ABONADO.—¡Un bellísimo libretto musical! ¡Y luego dicen que la imaginación inventa y crea!

UN TERCERO.—Ni crea ni inventa. La vida se lo da hecho todo.

VIZCONDE.—¿Y usted la trata?

MARQUÉS.—Ayer me presentaron á ella y al maestro. Una mujer deliciosa y afable... Señores, los timbres llaman, se va á empezar... No perdamos la sinfonía, que es un *capo lavoro*.

El camerino de Alicia, de la prima donna que acaba de alcanzar para ella y para su maestro, el autor de la ópera, un triunfo colosal del que todavía se oyen,

debilitados por la distancia y por el rumor de colmena de los admiradores que llenan el cuarto, los últimos aplausos estruendosos de la continuada ovación. Alicia está vestida aún con el traje de desposada, de largo velo de encaje prendido en la cabeza por un brazo de flores de azahar, que ha lucido en el acto final de la obra, y sobre aquella nube blanca resalta su rostro inefable, de ojos azules, de rubia sonrosada, encendido ahora por la emoción del éxito. A su lado su maestro, radiante de entusiasmo y de alegría, ahuecándose de cuando en cuando su negra y abundosa cabellera, en la que rayan esparcidas esas primeras hebras argentadas y cónicas de las proximidades de los cincuenta años. En el saloncito, amueblado de gris perla, contiguo al cuarto de vestir, donde no caben holgadamente sino ocho ó diez personas, se agolpan veinte ó treinta, que se renuevan sin cesar, teniendo siempre acorralados á la cantante y al compositor y convirtiendo la estancia en un horno. Una y otro han agotado todo su repertorio de agradecimiento, de palabras, de sonrisas, de apretones de manos, de cortesías afectuosas, y no saben ya qué hacer ni qué decir. Todos los fraques negros exclaman lo mismo, el mismo es el himno de todos los dilettanti.

—¡Bravisima! ¡Bravisima!

—¡La segunda edición de la Melba!

—¡La Melba misma!

—El arte lírico tiene desde hoy otra estrella de primera magnitud!

—¡Qué garganta y qué corazón!

—Ha sido un triunfo enorme para usted y para el maestro!

—¡Vaya una suerte loca! ¡Componer esta partitura sublime y encontrar una intérprete como usted!

—¡Wagner y Bellini en una pieza!

—¡Toda la ópera admirable, pero la romanza final! ¡Oh, como la romanza final no cabe más! ¡Qué motivo y cómo está desarrollada!

—¡Y cómo la ha cantado usted, Alicia!

Los fraques negros, empujándose, estrujándose, sudando, van destilando uno á uno la miel de sus palabras y de sus alabanzas, y rendido su tributo de admiración, desfilando poco á poco, sin dejar de comentar entre ellos. Las filas se aclaran, quedando únicamente los íntimos; luego los íntimos también se despiden, y al cabo maestro y discípula se ven solos y libres, y por instinto, maquinalmente, se buscan sus miradas, ávidas de expansión.

MAESTRO.—¡Tuyo, tuyo es el éxito, hija mía! ¡A ti, á tu talento, á tu corazón, les debo este inmenso é inolvidable triunfo!

ALICIA (presurosa y avergonzada).—¡Oh, calle us-

Y levanta la cabeza para entregárselo á Alicia

ted! ¡No diga usted eso! Sin usted, que me ha enseñado cuanto sé, sin su inspiración, ¿qué hubiera yo conseguido?

El maestro la atrae hacia sí, envolviéndola en un mirar apasionado é intenso, en el que hay algo más que admiración, mientras ella derrama dulces lágrimas con los ojos bajos.

En el bosque, entre los frondosos olmos vestidos ya con toda su pompa primaveral, con toda su gravedad dulce, entre los almendros en flor que parece que sonríen enajenados, como jovencitas adolescentes en tocado de primera comunión, hollando la verde alfombra de musgo, esmaltada de millares de esas florecitas de las praderas, menudas como botoncitos de condecoraciones. Su carruaje discreto les ha llevado, bien de mañana, desde el hotel, y allá van, uno al lado del otro, en muda pareja, pareja extraña por parte de ella, que no viste de calle, sino con su traje de desposada de la ópera. Ha sido un capricho de Alicia el de pisar, al día siguiente del triunfo inmenso, el mismo lugar en que el maestro la encontró para suerte suya, substrayéndola á la miseria, al abandono, quien sabe si á la perdición.

ALICIA (con la voz trémula).—¡Aquí fué!.. ¡Lo recuerdo muy bien! ¿Y usted? ¡En esta olmeda!.. Los infames, aprovechando mi sueño, me habían dejado abandonada. Yo era una carga para ellos, les estorbaba... No pertenecía á su misma tribu... Mientras mi madre vivió... (Con los ojos empañados por las lágrimas.) ¡Pobre madre mía! Mientras mi madre vivió no se atrevieron conmigo. ¡Ella me defendía!.. Pero una vez muerta, sin padre, aquella mala mujer que le había robado el cariño á mi madre se impuso á todos, se impuso al jefe, que la obedecía esclavizado por una pasión feroz, y... heme aquí sola, despertando en el bosque desierto al caer la tarde, muerta de miedo... ¡Yo no debía tener su sangre, su valor, á pesar de nuestra vida nómada!.. Pero Dios se había apiadado de mi agonía é hizo que me encontrara usted.

MAESTRO (con voz acariciadora).—¡Basta, basta! Te estás torturando inútilmente. Si yo hubiese sabido que te iba a hacer la visita esta impresión, no accedo a tu capricho. ¿A qué recordar tristezas? Todo eso pasó, todo ha sido un sueño. ¡Ahora no hay más que la vida, la alegría, el triunfo, el porvenir!

ALICIA.—Sí, sí, pero todo por la generosidad de usted.

MAESTRO.— ¡Vaya, fuera las ideas negras! ¡Mira qué flores tan lindas! Voy a cogerte unas cuantas.

El maestro pone una rodilla en tierra, corta varias florecillas con las que hace un ramito y levanta la cabeza para entregárselo a Alicia, que le mira sonriente, con una dulce y tierna mirada. De pronto el maestro enrojece hasta parecer saltarle la sangre, sus ojos se inflaman, y sin poder contenerse exclama trémulo, balbuciente.

—¡Alicia! ¡Alicia!

ALICIA (tomando las flores y obligando a levantarse al compositor, que no acierta a añadir más palabras).—¡Oh, no hablará usted, no me lo dirá usted nunca! Lo presiento y me lo explico. Yo soy muy joven aún; se asusta usted ante los años que me lleva. Pero está usted todavía en la fuerza de la vida y yo pasé ya de los veinticuatro... No es tanta la diferencia, y no es nada cuando se siente todavía el corazón fresco y lleno de ilusiones. ¿Cree usted que no he adivinado lo que esconde en el suyo? Ha tiempo que leo en su frente lo que piensa. Sería preciso, hubiéralo sido para ocultarlo, que no me mirase usted. Los ojos no entienden de disimulos. Pues bien; aquí estamos solos, dejémonos de convencionalismos. Vuelvo a ser por un momento la antigua gitánilla. ¿Usted me ama?

MAESTRO (á borbotones, confuso, azorado, hecho un ovillo, estrechándola las manos con arrebatado).— ¡Oh, sí, sí, con toda mi alma!

ALICIA (con voz grave).—Pues yo también le amo á usted, y no por gratitud, sino con pasión.

MAESTRO (enajenado).—¡Oh, gracias, gracias!

Los olmos vestidos de primavera ponen una cara más dulce, los almendros de traje de primera comunión sonríen con mayor ternura, todos los pájaros que habitan aquel delicioso bosque rompen á cantar, la naturaleza entera aplaude aquel día de felicidad que ni ella ha ensayado ni él ha compuesto.

Todos los fraques negros, ahora convertidos en levitas, todas las blondas de palcos y butacas, asisten á la boda de Alicia con su maestro, en el templo vestido de azahar, inundado de luz y lleno de las armonías de Mendelssohn que brotan en el coro, desde la orquesta del teatro allí congregada. La novia luce el mismo traje nupcial de la noche del triunfo en la ópera.

EL EX PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS
TEODORO ROOSEVELT EN NÁPOLES
Procedente de Nueva York, en donde se había

Desde el palacio dirigióse al Posilipo, regresando luego al hotel, en donde recibió, entre otras visitas, la del encargado de Negocios de Cuba Sr. Pedroso y la del alcalde de Nápoles marqués Del Carretto y varios concejales.

A las nueve de la noche, Roosevelt, en compañía de su hijo, del embajador Sr. Griscom y del personal de la embajada, marchó al muelle, embarcándose en el *Admiral*. La multitud, que llenaba las inmediaciones del hotel, hizo una ovación calurosa.

Al día siguiente desembarcó en Messina, en donde estaban los reyes de Italia, á quienes saludó, á bordo del acorazado *Re Umberto*; con Víctor Manuel III dirigióse después á la aldea que lleva el nombre de la reina Elena, la cual les había precedido en aquel sitio. Terminada la visita, se encaminaron á la capitania general, y allí se despidieron

el rey y el ex presidente. Éste visitó las ruinas de la ciudad y las barracas americanas, cuyos habitantes le acogieron con entusiastas vivas, y se embarcó en el *Admiral*, que á las siete de la tarde zarpó para Port Said.

VIENA.—UN CONCURSO DE MODELOS DE MÁQUINAS VOLADORAS

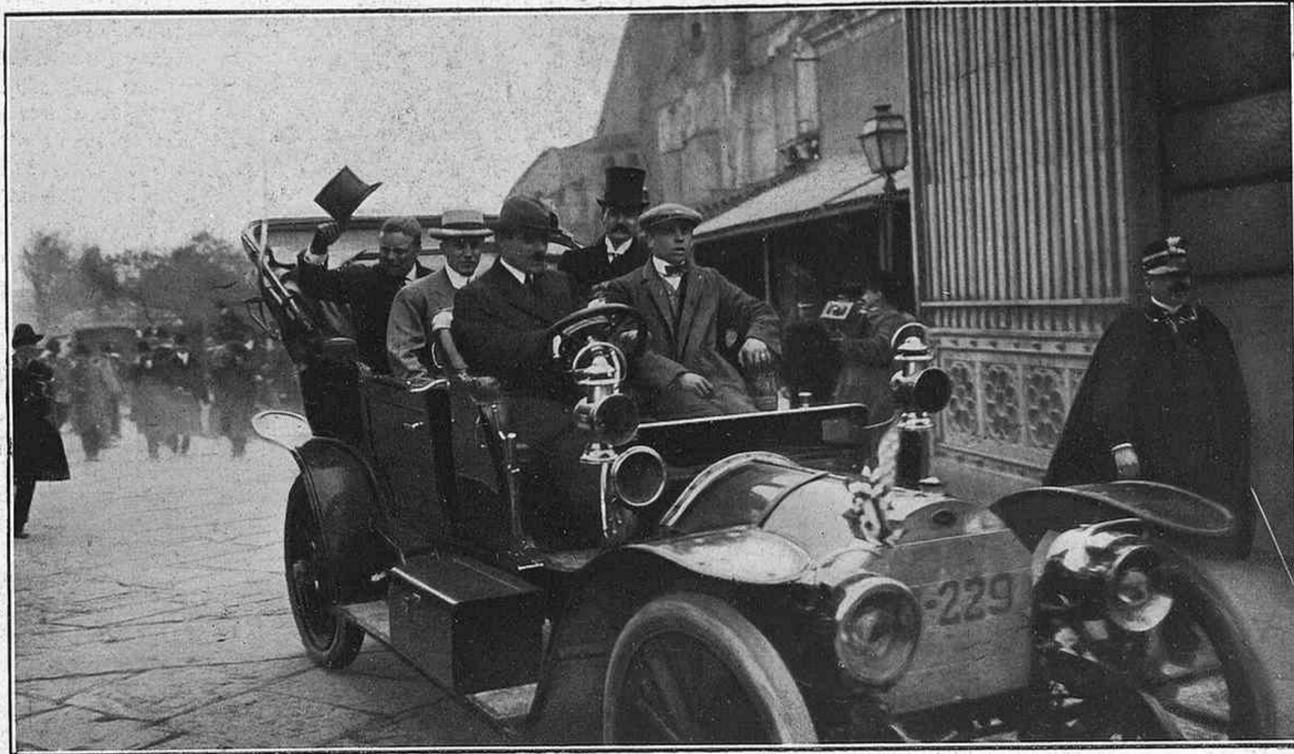
Cuando tantos concursos de aparatos de aviación se celebran en todas partes, es curioso tomar nota del que se ha efectuado hace poco en Viena de pequeños modelos de máquinas voladoras. Lo ha patrocinado el archiduque Salvador y se ha realizado en el picadero de la Escuela Militar. Muchos han sido los inventores que á él han concurrido, habiendo ganado los dos primeros premios el Sr. Padgernik con sus dos modelos, y el tercero el Sr. Dinzl. El espacio que los aparatos premiados han recorrido en el aire ha sido de 35, 31 y 21 metros respectivamente.

UNA EXPEDICIÓN

DE LILIPUTIENSES EN PARÍS

Hace pocos días llegó á París una expedición de liliputienses, formada por un centenar de enanos de ambos sexos y de diferentes nacionalidades, reunidos bajo la dirección de un *manager*. Desde la estación y en cuatro grandes breacks se dirigieron al Jardín de Aclimatación, en donde se albergan en una aldea construída expresamente para ellos y en donde se exhibirán durante una temporada.

Algunos de estos enanos son de una estatura casi inverosímil y en conjunto ofrecen además el interés de la diversidad de sus tipos. Los varones tienen los modales de perfectos *gentlemen* y las hembras ostentan elegantes trajes; pasean en coches minúsculos conducidos por cocheros liliputienses, montan en pequeñas bicicletas, y en una palabra, presentan un cuadro de vida animadísimo que constituye un espectáculo sumamente original.—S.



Nápoles.—El ex presidente de los Estados Unidos Teodoro Roosevelt recorriendo en automóvil las calles de la ciudad y saludando al público que lo aclama. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

embarcado á raíz de su cesación en la presidencia de la República, llegó Mr. Roosevelt á Nápoles, á bordo del transatlántico alemán *Hamburg*, el día 5 de los corrientes, á la una y media de la tarde. Inmediatamente pasó á saludarle el embajador de los Estados Unidos en Italia, y poco después desembarcó, siendo objeto de una manifestación entusiasta por parte del numeroso público que le esperaba en el muelle y que quiso, de este modo, testimoniarse su gratitud por los cuantiosos é importantes donativos que envió para los damnificados de Messina y de Reggio con motivo de los últimos terremotos, cuando era todavía presidente de aquella República.

Roosevelt, á quien había saludado también el



Viena.—Primer concurso de modelos de máquinas voladoras

Los Sres. Padgernik, que ha ganado los dos primeros premios, y Ricardo Dinzl, que ha ganado el tercero (De fotografía de Carlos Delius.)

ilustre profesor Guillermo Ferrero, que de Turín había ido expresamente para esto á Nápoles, dirigióse en automóvil al Hotel Excelsior, acompañado de su cuñada, la señora Carrow, y de su hijo, siendo calorosamente aclamado en todas partes. Después de tomar un *lunch*, encaminóse al palacio de Capodi monte, con objeto de saludar á los duques de Aosta; allí permaneció largo rato, visitando detenidamente aquella magnífica residencia y el museo real.

UNA EXPEDICIÓN DE LILIPUTIENSES EN PARÍS



El conde Magri, director de la expedición y su secretario



El conde Magri y su secretario interrogando á un factor



Un matrimonio liliputiense



Grupo de liliputienses



Grupo de liliputienses



Los liliputienses encaminándose al Bosque de Bologna

De fotografías de Felipe Hutin y de World's Graphic Press.

D. PASCUAL CERVERA Y TOPETE

Este ilustre marino, recientemente fallecido en Puerto Real, había nacido en 18 de febrero de 1839 é ingresado en la Armada en 4 de julio de 1850. Tomó parte en las operaciones navales de la guerra contra Marruecos (1859 60), en la de Joló, en la de Cuba, después de 1869, y en la carlista, y defendió el arsenal de la Carraca, obteniendo, en premio de sus servicios, varias cruces del Mérito naval y del Mérito militar, una encomienda de Isabel la Católica, la placa de San Hermenegildo, las medallas de Africa, Joló, la Carraca, Cuba y la Guerra civil y el título de benemérito de la patria.

En diciembre de 1892 fué nombrado ministro por primera vez; pero en marzo del año siguiente dimitió el cargo á causa de la oposición que se hizo á sus proyectadas reformas y de su negativa á introducir importantes economías en el presupuesto de marina.

En la última desgraciada campaña de Cuba, demostró también el vicealmirante Cervera su valor y su civismo. Al frente de la escuadra, entró en Santiago de Cuba, á cuya defensa cooperó con eficacia, y en la triste jornada de la salida de aquel puerto portóse tan dignamente, que, hecho prisionero por los norteamericanos y conducido á los Estados Unidos, fué tratado con el mayor respeto y con toda clase de consideraciones, habiéndole distinguido con su amistad muchos jefes de la armada yanqui.

Poco tiempo después regresó á España; y una vez dictado por el Consejo Supremo de Guerra falló favorable en la causa que hubo de instruirse con motivo de la destrucción de la escuadra de su mando en Santiago de Cuba, retiróse de la política, y aunque era senador vitalicio frecuentó poco la Alta Cámara, consagrándose á los estudios técnicos, en los que alcanzó merecida notoriedad. Últimamente fué nombrado presidente de la junta de construcción de la escuadra, cargo que recientemente dimitió.

Sintiéndose muy enfermo, trasladóse á la pintoresca villa de Puerto Real, en donde ha fallecido.

¡Descanse en paz el bravo y pundonoroso marino!

MADRID.—LA JURA DE LA BANDERA

Con brillantez y solemnidad extraordinarias efectuóse en Madrid el domingo 11 de los corrientes la ceremonia de la jura de la bandera por los reclutas de todos los cuerpos de la guarnición.

Antes de las nueve y media estaban formadas todas las tropas en el Paseo de la Castellana, y poco después llegaron las infantas doña Paz, con su hija la princesa Pilar, y doña Isabel, la princesa de Sleswig-

gados militares de las embajadas de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Austria-Hungría y buen número de jefes y ayudantes.

El rey, que vestía uniforme de capitán general con casco y ostentaba la banda del Mérito militar, recorrió la línea, acompañado del capitán general de Madrid Sr. Villar y Villate, situándose luego junto á la tribuna regia.

Poco después, en coche abierto á la *D'Aumont*, de media gala, llegaron SS. MM. las reinas doña Victoria y doña María Cristina, y en seguida comenzó la misa, que dijo el teniente vicario Sr. Sánchez de la Graña en un artístico altar levantado frente á la tribuna regia y primorosamente adornado con flores. Terminada la misa y dada la bendición por el obispo de Sión, destacóse el rey de su estado mayor, situóse algunos instantes junto á la tribuna y luego con el ministro de la Guerra y los generales dirigióse al sitio en donde poco después comenzaba el solemne acto de la jura, revistando allí de nuevo las fuerzas y regresando frente á la tribuna para presenciar la solemne ceremonia.

En el acto del juramento la bandera se hallaba desplegada, y sobre ella colocaba su espada el comandante mayor, cerca del asta, formando una cruz.

Terminada la ceremonia, que duró cerca de una hora, comenzó el desfile de las tropas, que la familia real y los elementos oficiales presenciaron desde otra tribuna, junto á la cual se colocaron el rey y su estado mayor.

El orden del desfile fué: sección ciclista; división del general Orozco, compuesta de las brigadas de los generales Aguilera y San Martín; la brigada de Cazadores que manda el general Pintos; el 2.º regimiento mixto de Ingenieros, la brigada Topográfica del Depósito de la Guerra, el 14.º tercio de la Guardia Civil, la compañía de Milicianos, los reclutas de los cuerpos montados, los regimientos de Artillería 2.º y 5.º montados y el 4.º de ligeros, la brigada de lanceros, formada por los regimientos de la Reina y del Príncipe; la brigada de Húsares, mandada por el príncipe D. Carlos, y la brigada de instrucción, al mando del general Andino.

El desfile terminó á la una, retirándose el rey con su estado mayor á Palacio por el Paseo de Recoletos y la calle de Alcalá; las demás personas de la real familia regresaron á palacio en coche por el mismo camino.

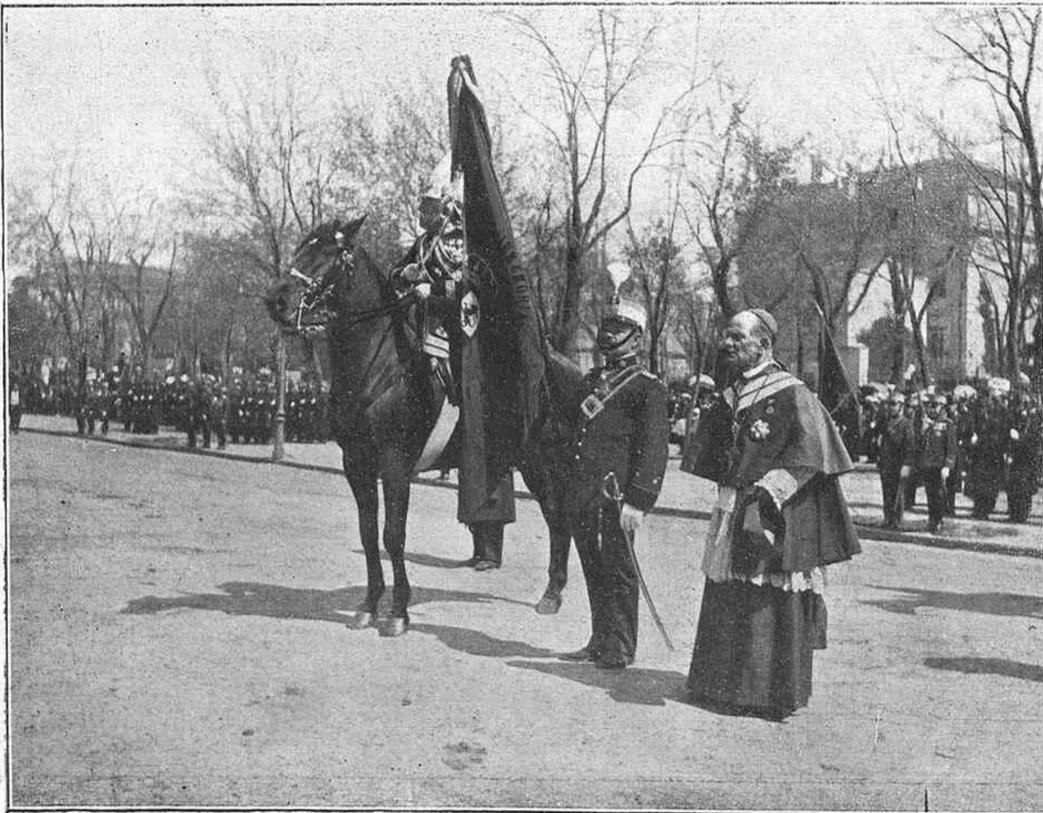
La gran multitud que llenaba el Paseo de la Castellana y las calles aclamó á los reyes.—D.



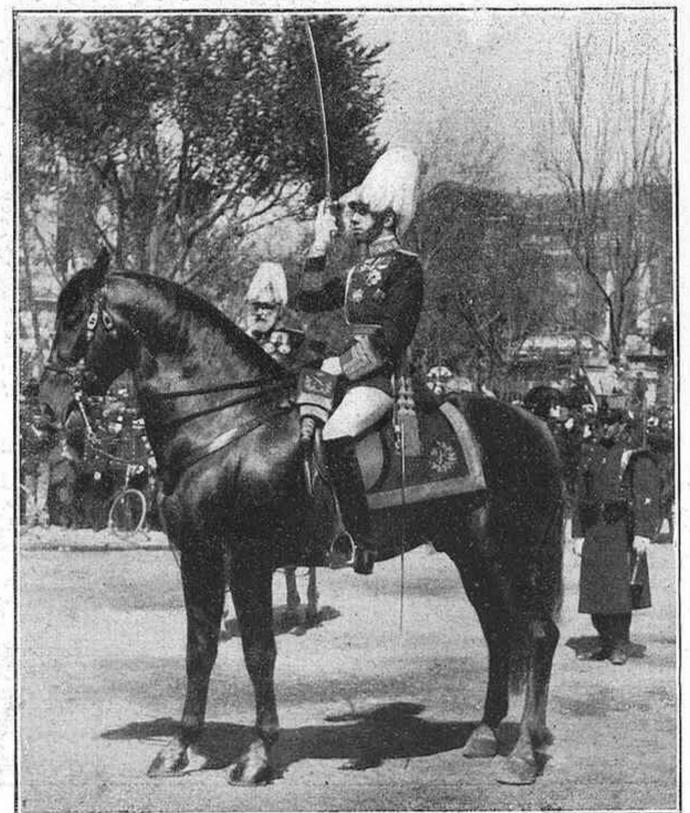
Excmo. Sr. D. Pascual Cervera y Topete, vicealmirante de la armada española, fallecido en Cádiz, el día 3 de los corrientes (De fotografía de la viuda de Edg. Debas, Madrid.)

Holstein y el príncipe Alejandro de Battenberg, los ministros de Fomento, Gobernación, Marina y Gracia y Justicia, el presidente del Senado y el jefe del Gobierno.

Próximamente á las diez llegó S. M. el rey, acompañado de un brillante estado mayor, del que formaban parte el príncipe Adalberto de Baviera, el ministro de la Guerra, el jefe de la casa militar conde del Serallo, los generales Primo de Rivera, Ríos, Luque, Sánchez Gómez, Macías y del Río, los agre-

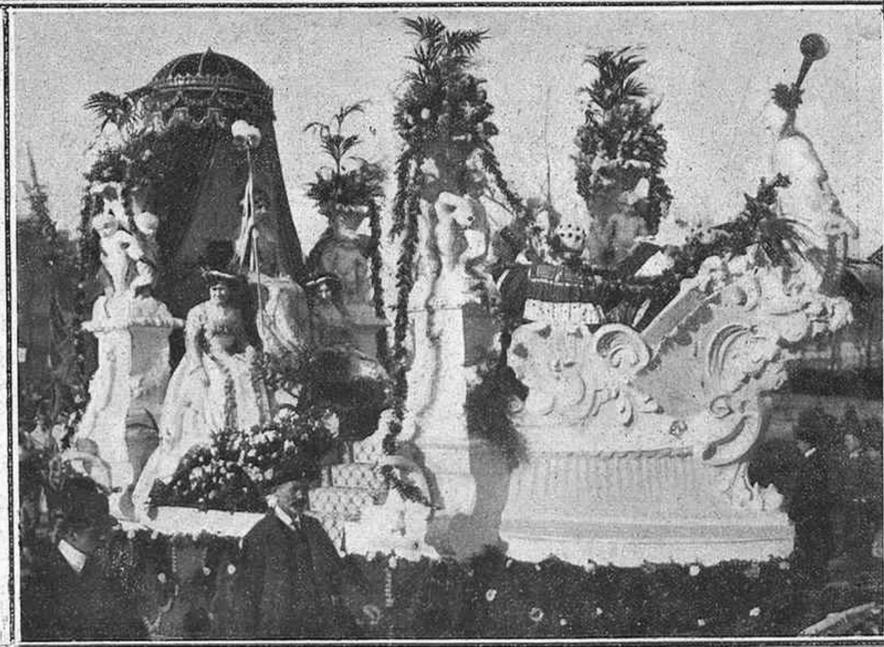


El general gobernador y el obispo de Sión tomando el juramento á los reclutas



El rey presentando armas durante la misa de campaña

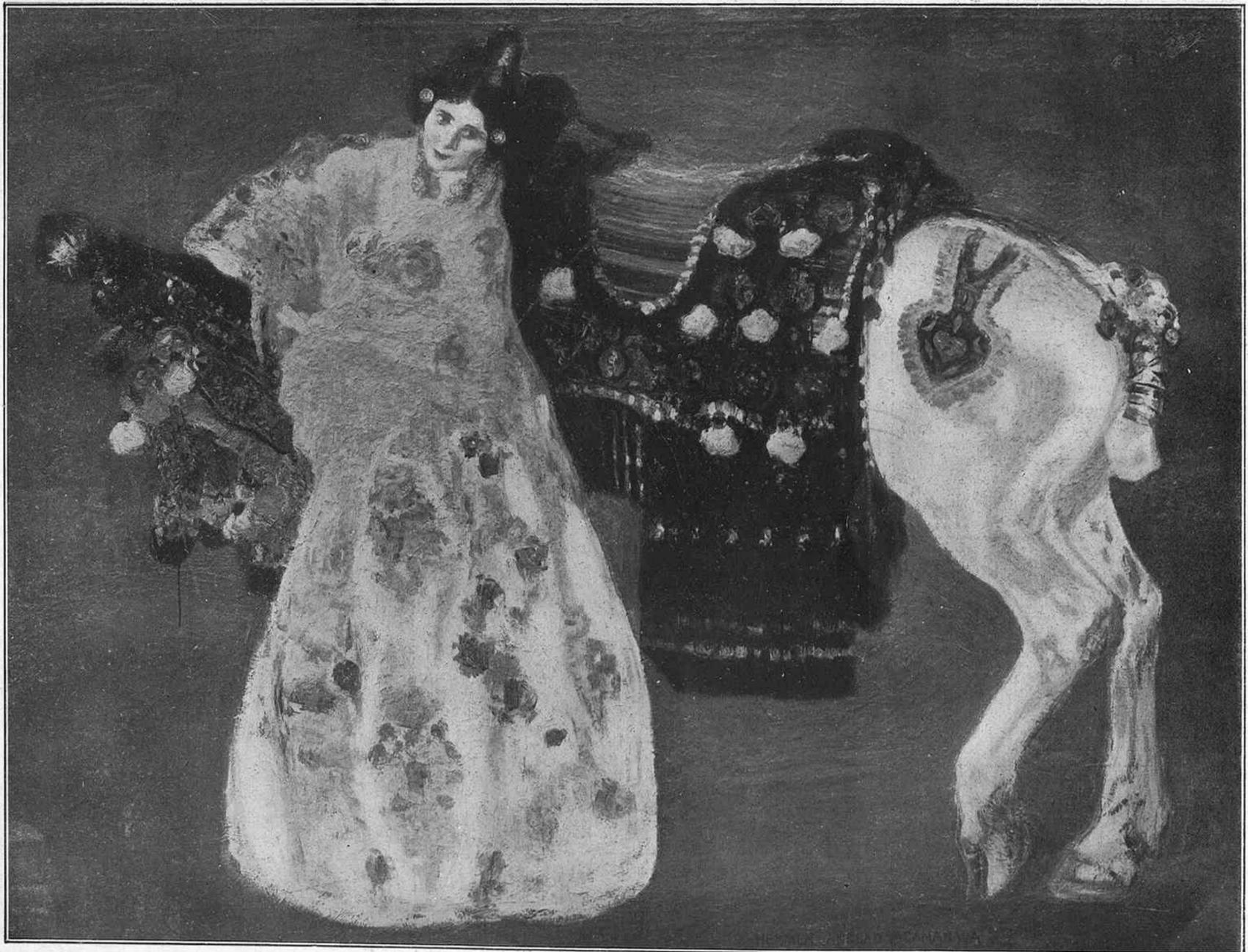
Madrid.—La jura de la bandera, efectuada el día 11 de los corrientes. (De fotografías de Asenjo.)



Las reinas de París, de Ostende y de San Sebastián y los presidentes de las fiestas.—Carroza de la reina de París.—Las reinas de San Sebastián: María Abaigar, Paquita Martija y Jesusa Berridi.—Carroza del Orfeón Donostiarra que obtuvo el primer premio.—Carrozas de las reinas de San Sebastián. (De fotografías de Frederic.)



UN ALTO, cuadro de H. Anglada Camarasa. (Salón Parés.)



NOVIA DE BENIMAMET, cuadro de H. Anglada Camarasa. (Salón Parés.)



ALICANTINA, cuadro de H. Anglada Camarasa. (Salón Parés.)

II. ANGLADA Y SUS OBRAS

(Véanse los grabados de las páginas 272 y 273)

Al anunciarse la exhibición de varias obras del pintor H. Anglada Camarasa en el Salón Parés, se supuso que había de revestir aquella los caracteres de un acontecimiento, dada la nueva tendencia del artista y sus personalísimos medios de producción. Y ciertamente no se incurrió en error al formular tal afirmación, puesto que no cabe relacionar su labor de ayer con la de hoy. Aquella fué, sin duda, discreta, recomendable y hasta ingenua, mas la que ahora presenta revela una inteligencia educada, un espíritu saturado de otro ambiente, de un medio antes desconocido, que tal vez el pintor presentía y que arrastrado por anhelos ha logrado obtener, produciendo esa conjunción de elementos que atrae por la influencia que ejerce un colorido que le permite alcanzar extraordinarios efectos.

Será posible que la España pintoresca que nos presenta no sea, á juzgar por la exposición de sus tipos, esa España real y sentida por la generalidad; pero no titubeamos en afirmar que no ha sido tal el propósito perseguido por el artista. No hay que olvidar que Anglada es diestro dibujante y hábil artista, y posee, por lo tanto, sobrados recursos é inteligencia para reproducir tipos y cuadros de costumbres de nuestro país con la mayor fidelidad. Otro ha sido su empeño, cual lo demuestra la totalidad de sus producciones y la exactitud y belleza de las floreadas faldas, los caprichosos adornos y los brillantes pormenores que en ellas figuran. No hay en sus obras vaguedades: obedecen á un estudio y á un noble propósito. Los esplendores de luz, las brillantes ó opacas masas de color, expresan un á modo de canto de matices, esas vibraciones del sentimiento que invade el ánimo del artista y que como armoniosa y rica gama son la causa eficiente para que el mecanismo obtenga resultados de tal intensidad pictórica, que no cabe establecer regateos, ni pueden escarsearse los elogios.

El arte no puede eludir el imperio que ejerce la evolución en determinados períodos. De ahí que aquellos que se hallan dotados de circunstancias para adaptar su obra al movimiento transformador, produzcan impulsados por los nuevos conceptos y afirmen su personalidad, distinguiéndose y singularizándose. Tal es la significación de Anglada y de su obra, original, novísima y propia de quien ha demostrado no acomodarse á los moldes establecidos, contando para ello con tan valiosos

en las más quiméricas manifestaciones de los innovadores, ofrécese algo provechoso, porque es el producto de una mentalidad, que por este solo hecho merece respetuosa acogida. En caso análogo hállase la obra del artista á que nos referimos. Novísima y subordinada á un criterio que razona y avaloran singulares circunstancias.



Barcelona.—El orfeón «L'Avenir» de Narbona, que recientemente ha visitado esta capital y dado un concierto en el Palacio de Bellas Artes. (De fotografía de A. Merletti.)

EL ACTOR FERRUCCIO CARAVAGLIA

Y LA ACTRIZ PORRO GUASTI

Después de una ausencia de cuatro años, hállase de nuevo en Barcelona el eminente actor Ferruccio Caravaglia. Cuando vino por primera vez, sin reclamo alguno, con una modestia poco común en los del gremio, nuestro público le proclamó maestro en el arte dramático y puso su nombre al lado de los nombres de los actores más ilustres que aquí se han admirado. Desde entonces, ha obtenido la mejor consagración á que un actor puede aspirar en Italia; en efecto, pocos meses después de haber estado en Barcelona, era nombrado director del Teatro Argentino de Roma, es decir, del teatro nacional italiano. Y por si algo faltaba á esa consagración, vino á completarla el ilustre D'Annunzio confiando á Caravaglia, el año pasado, el estreno de su hermosa obra *La Nave*.

Caravaglia es un artista en toda la extensión de la palabra; su arte se impone por su sinceridad y por su nobleza, es eminentemente humano, real y al mismo tiempo culto y refinado; produce la emoción de la verdad, pero de la verdad bella, sin realismos desagradables, sin efectismos rebuscados, y se adapta admirablemente á los más opuestos géneros.

La señora Porro Guasti es una excelente actriz, que acompaña dignamente á Caravaglia; siente bien los papeles que representa y tiene momentos de alta inspiración que emocionan y denotan un temperamento artístico, que el público barcelonés ha sabido apreciar y ha premiado con calurosos aplausos.

Esta vez, como la anterior, Ferruccio Caravaglia cuenta por ovaciones entusiastas el número de representaciones.

BARCELONA.—EL ORFEÓN «L'AVENIR»

DE NARBONA

Durante las últimas Pascuas Barcelona se ha visto honrada con la visita del notable orfeón narbonés «L'Avenir.» El domingo por la mañana los orfeonistas estuvieron en la Casa de la Ciudad, siendo recibidos en el Salón de Ciento por el alcalde accidental Sr. Bastardas, quien pronunció un breve y sentido discurso en francés, deseándoles una grata estancia en esta capital. El orfeón, después de haber cantado la *Marsellesa*, dirigióse al consulado de Francia, en donde ejecutó varias composiciones, y de allí al monumento de Clavé, en donde les esperaban el maestro Sr. Sadurní y una comisión de la sociedad coral «La Euterpense.» Los narbonenses depositaron una hermosa corona en el monumento y entonaron la *Marsellesa*, que fué acogida con grandes aplausos por el numeroso público congregado en aquel sitio.

Por la tarde, dió el orfeón un concierto en el Palacio de Bellas Artes, cantando de una manera admirable difíciles composiciones de Dard-Janin, Saintis, Souribas, Lalo y Massenet. Además, el director Sr. Schneider y los Sres. Roques y Blanch tocaron á la perfección en el violín, en el órgano y en el violoncelo escogidas composiciones de Beriot, Bach, Guilmant y Massenet, y el bajo del orfeón Sr. Limas cantó una bonita canción de Flegier.

Para todos hubo muchos y muy entusiastas aplausos. También los hubo para la Banda Municipal que, bajo la dirección del maestro Sr. Sadurní, tocó con la brillantez de costumbre composiciones de Bizet, Sadurní y Massenet, y la *Marsellesa*, que puso término á tan agradable fiesta.

El orfeón «L'Avenir» consta de 120 coristas y se distingue por la robustez de todas sus voces, por su gran afinación y por la precisión y el sentimiento con que interpreta las composiciones de los más diversos géneros.

Es indudablemente uno de los mejores que se han oído en Barcelona.

SAN SEBASTIÁN.—LAS FIESTAS DE PASCUA

(Véase la lámina de la página 271.)

De algún tiempo á esta parte la hermosa capital de Guipúzcoa organiza en diferentes épocas del año magníficas fiestas que contribuyen á extender su fama, no sólo en España, sino también en el extranjero. Ya no se contentan los donostiarres con procurar distracciones á los forasteros que durante el verano visitan su ciudad; su empeño noble de atraer hacia ésta la concurrencia y las simpatías de las gentes de fuera, les mueve á celebrar también festejos en otras ocasiones, y así han logrado que sus fiestas carnavalescas puedan competir con las de Niza, tenidas por las más famosas, y las de la *Mi Carême* con las análogas de París.

Notabilísimos han sido también los dispuestos este año para conmemorar la Pascua de Resurrección, á los cuales han asistido numerosos forasteros, entre ellos las reinas de la *Mi Carême* de París y de Ostende, la primera acompañada de algunos representantes del Ayuntamiento de aquella capital. Ambas reinas han sido objeto de muchos obsequios, así por parte de los elementos oficiales como del pueblo, habiéndose celebrado en su honor, entre otros, un *lunch* y un almuerzo en el Ayuntamiento, un refresco en el Círculo Francés y un banquete en el Gran Casino. De todos los festejos celebrados, el más importante ha sido sin duda la cabalgata, en la que figuraban veinte magníficas carrozas, descollando por su grandiosidad y buen gusto artís-



El eminente actor Ferruccio Caravaglia, director de la compañía que funciona en el teatro Eldorado (De fotografía de A. Esplugas.)



La notable actriz italiana señora Porro Guasti, que forma parte de la compañía que funciona en el teatro Eldorado de esta capital. (De fotografía de Varischi Artico y C.ª, de Milán.)

elementos cual los que constituyen la característica de tan distinguido pintor.

Los nobles empeños elevan y dignifican, en tanto que el rutinismo produce el estancamiento de las facultades. Aun

tico las que ocupaban las reinas de París y de San Sebastián.

El rey Eduardo VII de Inglaterra presenció desde la terraza del Gran Casino el desfile de la cabalgata, aplaudiendo á su paso las diferentes carrozas y elogiando el ingenio y el arte que en su construcción han presidido.

Las reinas de París y de Ostende regresaron al día siguiente á sus respectivos países, complacidas de las fiestas y de las atenciones que se les dispensaron.

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Allí, en presencia del secretario de policía, uno de los guardias de orden público explicó lo que acababa de ocurrir

«Júzguese cuál será la desolación de esa familia y la consternación de todos los que, habiendo conocido al desdichado L***, concuerdan en decir que era incapaz de cometer semejante robo.»

De modo que era la impunidad asegurada para el miserable marido de Juana.

La única persona que un día u otro hubiera podido reconocerlo no era ya de temer.

«Quizás me he apresurado demasiado á mudar de domicilio —se dijo cínicamente.— ¡Bah, después de todo, las precauciones no están de más!»

En efecto, creyó conveniente tomar otra; la de hacer desaparecer las obligaciones de la villa de París y del Credit Foncier encontradas en la cartera del infeliz cobrador.

Adquirió en un colmado de Meudon una lata vacía que había contenido bizcochos, y mientras Juana se hallaba fuera de casa haciendo provisiones, envolvió cuidadosamente los títulos en un papel embreado, bien impermeable, y los metió en la lata. Subió luego al desván de la casa, pasando por una puerta que había notado en el techo de la escalera, y buscó un escondrijo. Abrió un tragaluz que daba sobre el tejado, encaramóse en él, y después de haber levantado una teja, descubrió un hueco formado por la ensambladura de las vigas y los cabrios, y ocultó la lata en él. Examinó si de fuera ó del interior se veía alguna traza del escondrijo; y absolutamente tranquilo por esta parte, desafiando todo reconocimiento, bajó al comedor, donde esperó la vuelta de Juana.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

La precipitada é inesperada marcha del joven matrimonio había causado profunda estupefacción en la casa de la calle de Boileau.

Cuando Paulina volvió del correo, quedó atónita al enterarse por la portera de la partida de sus amos.

—¿No sabía usted que los señores de Favreusc salían de viaje, que no me había usted dicho nada?, le preguntó la guardiana de la casa.

—¿Cómo!.. ¿Qué quiere usted decir?, exclamó Paulina. ¿Los señores han marchado?

—Hace más de una hora.

—¿No es posible!

—¿Cuando yo se lo digo!.. El Sr. de Favreusc fué en persona á la estación á buscar un *fiacre*, y me dijo que se ausentaban por unos días.

—No... Usted entendería mal... Yo lo hubiera sabido...

—Llevaban un baúl y una maleta, y oí perfectamente cuando dijo al cochero: «¡A la estación de San Lázaro!»

Paulina no acababa de creer en ello. Fué necesario que subiese al piso para convencerse de que era verdad.

No podía comprender aquella marcha inesperada y no sabía á qué atribuirla.

Por la noche tuvo la explicación, al recibir, por el último reparto, la carta echada al correo por el marido de Juana.

Todo se explicaba, pues: sus pobres amos, absolutamente arruinados, tenían que marchar por no asistir á la proclamación de su ruina, pues no hubieran tardado en ser embargados.

—¿Por qué no me lo dijeron?, manifestaba en son de queja á la portera, que comentaba á su modo la

sensible noticia. La señora me conocía bien, al cabo de tantos años de tenerme á su servicio... Imagínese usted que entré en casa de su padre cuando ella no tenía más que nueve años... Bien podía pensar que hubiera continuado sirviéndoles sin paga...

—¡Es muy triste!., dijo la portera, sobre todo en el estado en que se encuentra esa pobre señora.

Aquella misma noche, á cosa de las nueve, llegó la dueña de la casa, que vivía en el barrio y acababa también de recibir la noticia de la partida de sus inquilinos.

Tenía órdenes que dar, y después de haber visto que no habían sacado el mobiliario, confió las llaves del piso á la portera hasta que se procediese á la venta, previas las formalidades necesarias.

Fuera del barrio, donde Juana y su marido eran poco conocidos, nadie sospechó su desaparición.

Los muebles fueron vendidos y los acreedores intervinieron en el reparto, no recibiendo más que un tanto por ciento de lo que se les debía, porque el crédito de la casera era preferente.

Luciano no se cuidó de averiguar lo que pasaba. Todo lo había previsto. A Juana, sí, la preocupaba; pero su marido procuró tranquilizarla.

Aunque ella no se atrevía á decir nada, aquella situación le parecía anormal. Sentía en torno suyo, sin llegar á explicárselo, un misterio, un secreto, algo que le ocultaban.

Semejante existencia en aquel rincón perdido de las cercanías de París, en aquella colina donde las habitaciones eran raras y estaban deshabitadas durante la presente estación, aquel aislamiento absoluto la sumían en dolorosas reflexiones de que no acertaba á salir.

No parecía sino que se ocultaban.

A su marido le encontraba Juana un aire sombrío, preocupado, y no se atrevía a interrogarlo.

Iba ella misma, diariamente, á la compra, obedeciendo de un modo pasivo á Luciano, que le había recomendado que no diese á conocer su nombre en las tiendas donde encargase los comestibles.

Pero semejantes precauciones le parecían muy extrañas. ¿Era posible que sólo obedeciesen al deseo de substraerse á las reclamaciones de los acreedores dejados en París?

¿No habría otra cosa que su marido no le había confesado? ¿Por ejemplo, una pérdida en el juego, más importante de la que le había dicho?

La conducta de Luciano la inquietaba también. Este permanecía en casa todo el día, y sólo salía al atardecer para ir á París, de donde no volvía hasta mucho después de la media noche, en uno de los últimos trenes.

¿Adónde iba?

¿Por qué no la tenía al corriente de lo que hacía?

Ahora, no era ya solamente por timidez el no atreverse á interrogarlo, sino por temor de que le contestase duramente, porque su marido no era el mismo con ella. Se había vuelto sombrío, taciturno, fácilmente irritable, presa de una visible inquietud cuya causa era imposible comprender.

Mostrábase cada día más afectado y más triste.

Debía seguir jugando —pensaba la pobre Juana— con dinero obtenido sabía Dios de qué manera, y debía perder.

Este pensamiento era muy fundado. Luciano de Favreuse volvía á jugar, en efecto, con el dinero encontrado en la cartera del infortunado Landry.

No había tenido siquiera un pensamiento de piedad para el infeliz, víctima de su crimen, que había perdido la cabeza en un momento de desesperación al verse objeto de sospechas.

No había pensado en la miseria que podía agobiar á la viuda y á los hijos de aquel hombre, de que había hablado el periódico.

Sólo había pensado en su propia persona, en su salvación definitivamente asegurada por la muerte del que le hubiera podido reconocer.

Cada día él había seguido leyendo los periódicos para ver si hablaban aún del asunto; pero nada decían, y esto probaba que las investigaciones de la policía eran infructuosas.

De esto estaba él muy seguro y desafiaba á los sabuesos de la Seguridad á que diesen con él.

Sin embargo, á Luciano de Favreuse no le había parecido prudente mostrarse en pleno día; desconfiaba hasta de lo que no podía prever.

Se pasaba todo el día metido en casa, sin atreverse á salir, presa de un miedo atroz, á pesar de la seguridad en que se creía, gracias á sus precauciones.

Nadie le conocía en Meudon.

La casera misma ignoraba su nombre, pues sólo había indicado el de Juana para hacerse dar recibo de los doscientos francos. Dicha mujer, la viuda Paumelle, que vivía en el Bajo Meudon, no tenía que volver á la casa para nada.

No veían nunca á nadie en los contornos.

Las habitaciones más próximas eran las de Mouligneux, al pie de la cuesta, y las de Val-Meudon, al otro lado del viaducto.

Por la noche, Luciano iba á París, llevándose cada vez parte del dinero robado, con la esperanza de que se le declarase al fin favorable la suerte, que se obstinaba en serle contraria, y en la estación de Montparnasse, donde se apeaba, tomaba un ómnibus para ir á su círculo, donde su desaparición hubiera dado que hablar de seguro.

El juego le era sumamente propicio y Luciano de Favreuse no aprovechaba siquiera los raros instantes de suerte que tenía.

Si ganaba un momento, como le había sucedido varias veces, quería aprovechar la racha, jugaba sin medida y no tardaba en perder más de lo ganado.

A este paso, los treinta y tres mil francos no podían durar mucho tiempo.

El miserable tenía otra preocupación, muy grave, que aumentaba durante las horas pasadas al lado de su mujer.

Pensaba en el día, ya próximo, en que Juana sería madre.

Preguntábase lo que iba á hacer y aún no había podido encontrar una solución.

El acontecimiento iba á reclamar la presencia de una profesora.

Habría que hacer en la alcaldía la declaración de nacimiento de la criatura y darse así á conocer.

Juana había interrogado ya varias veces á su marido sobre el particular, y cada vez le había contestado de mal humor.

—Estoy pensando en ello... Aún no sé lo que vamos á hacer.

—Se aproxima el momento y aún no tenemos á nadie.

—Iré hoy á París, dijo el miserable. Ante todo necesito dinero, y no hay un céntimo en casa...

Pensaba, en efecto, buscar algunos recursos de cualquier modo que fuese, pues no se atrevía á vender los títulos ocultos en el tejado.

Aquel día, Luciano de Favreuse partió muy temprano, contando pedir prestados cien francos al notario Verdelet, confesándole la ruina que le había ocultado hasta entonces.

Apeóse, como de costumbre, en la estación de Montparnasse, y en vez de tomar el ómnibus, siguió á pie por la calle de Rennes, pues apenas tenía que andar veinte minutos para llegar á casa del notario de la calle de Bonaparte.

En el momento de llegar á la esquina de la calle del Vieux Colombier, tuvo que detenerse para dejar pasar á los niños de blusa gris y quepis del establecimiento de San Nicolás, que marchaban en apretadas filas y atravesaban la calle, conducidos á la iglesia de San Sulpicio.

De pronto, de las filas de aquellos escolares salió un niño que gritó dirigiéndose hacia el marido de Juana:

—¡Aquí está... ese..., el ladrón!.. ¡Le reconozco muy bien!..

Abalanzándose sobre Luciano, lo cogió por el gabán.

El miserable, que se había puesto súbitamente lívido, sorprendido por aquella brusca acusación, defendióse con una turbación visible.

—¿Qué tiene este mocoso?, exclamó tratando de desprenderse de él. ¡Está loco!

—¡Loco!.. ¡Quite allá!, replicó el pequeño Landry, porque era él. ¡Le reconozco á usted muy bien! Yo estaba con mi pobre padre en el Banco, el día que usted le robó la cartera.

—¡Quieres soltarme!.., gritó Luciano.

Y con una violenta sacudida, logró hacer soltar la presa al niño, que gritó entonces con más energía:

—¡Ladrón!.. ¡Hermano, es el ladrón de mi padre! ¡Deténgale usted!..

Luciano trataba de alejarse protestando, á pesar del gentío que ya se aglomeraba en torno de él, á pesar de los muchachos de San Nicolás que le rodeaban.

El pequeño Landry quería cogerlo otra vez y se guía gritando:

—¡Detenerlo!.. ¡Es un ladrón!..

El suicidio del padre de Víctor Landry y las causas que lo habían determinado eran conocidos.

Los alumnos más grandecitos del establecimiento docente ayudaron á su camarada, é intervinieron también algunos transeúntes. Se detuvo á Luciano de Favreuse, que seguía protestando.

—¡Esto es ridículo!.., decía. ¡No sé qué significa esto!.. ¡Yo no conozco á este niño!..

Pero el pequeño Landry no se dejaba desmentir.

—¡Embustero!.., gritaba. ¡Yo estaba allí!.. ¡Le reconozco á usted muy bien!.. ¡Ladrón!.., ladrón!.. ¡Por culpa de usted mi pobre padre se mató!..

—Digo á ustedes que este niño se equivoca, clamó el miserable, que empezaba á recobrar su sangre fría. Me toma por otro ó está loco.

Atraídos por la aglomeración de gente, dos guardias de orden público acababan de llegar y se acercaron.

—¡Prendedle!.., les dijo el hermano de Rosita. ¡Es un ladrón!.. El robo de la cartera en el Banco del bulevar... ¿saben ustedes?.. El cobrador que se mató, pues bien, era mi padre... Se la robó este... esto seguro...

El gentío simpatizaba con el niño.

Uno de los guardias dijo á Luciano, que aún protestaba:

—Venga usted con nosotros. Si este niño se equivoca, ya se verá.

—Digo á ustedes que no le conozco, replicó el marido de Juana. Me toma por otro... Ni aun sé lo que quiere decir... Soy conocido; tengo quien responderá de mí.

—Venga usted y habrá las explicaciones necesarias, dijo el guardia.

Y dirigiéndose á uno de los hermanos de San Nicolás que conducían á los alumnos, le dijo el otro guardia:

—Será preciso que tenga usted la bondad de venir hasta la comisaría con este niño.

La muchedumbre abrió paso al grupo, y se oyeron algunos comentarios hostiles para el ladrón.

—Lo cierto es que se puso lívido cuando el muchacho le reconoció; mucho me extrañaría que este niño se equivocase... decían.

Los demás alumnos de San Nicolás habían vuelto á formar sus filas, conducidos por los otros hermanos.

Algunas personas siguieron á Luciano hasta la comisaría del barrio, situada en la calle de Saints-Pères, donde el niño y el hermano de San Nicolás penetraron solos con él.

Allí, en presencia del secretario de policía, uno de los guardias de orden público explicó lo que acababa de ocurrir.

—Sí, señor, es él, afirmó el pequeño Landry con la mayor seguridad. Le reconozco muy bien.

—¿Estás seguro de no equivocarte?, insistió el secretario.

—¡Oh, absolutamente seguro, caballero!, contestó el niño con energía. Me lo miré muy bien y me acuerdo como si hubiese sido ayer.

Luciano, resuelto á hacer frente al peligro, había recobrado todo su aplomo.

—Este niño es sin duda juguete de algún parecido, dijo él. No sé siquiera de qué me habla. Su error será fácil de probar.

—¡Ah, no hay error!, replicó el pequeño Landry. Mire usted, señor comisario, aún lleva el mismo traje de aquel día.

El miserable se encogió de hombros.

—Esto no es una prueba, dijo desdeñosamente. Este niño puede decir eso á cualquiera.

El secretario de policía detuvo con un gesto al hijo del cobrador, que se disponía á acusar al hombre que reconocía por el ladrón de la cartera con más resentimiento y violencia, y preguntó al religioso:

—¿Cómo se llama este niño?

—Victor Landry, contestó el hermano de San Nicolás. Su madre es viuda y vive en la calle de Bernardinos, número 25.

—Mi padre estaba empleado en casa de un banquero, añadió el niño, y este señor le robó la cartera llena de dinero... A causa de él, mi padre, que creyó que le acusaban, se mató.

—¿Qué edad tienes?

—Ocho años.

Dirigiéndose entonces á Luciano, el secretario de policía añadió:

—Si este niño se equivoca, su acusación será fácil de desmentir.

—Nada me será más fácil, contestó con aplomo el marido de Juana.

—Sírvese usted darme su nombre.

—Soy el Sr. de Favreuse, pronunció orgullosamente el hijo del desdichado suicida que esperaba producir así su efecto.

—¿Sus nombres de pila?

—Edmundo; no llevo otro.

—¿Dónde vive usted?

Luciano, en posesión de toda su sangre fría y de la más completa presencia de espíritu, estaba seguro de que no podría aducirse contra él ninguna otra prueba, aunque indicase su antiguo domicilio de la calle de Boileau, pues la causa de su partida sería fácil de establecer y su pretendida miseria en aquel momento, probada por la venta de sus muebles y por las deudas dejadas en el barrio, probaría que no había robado.

—Actualmente viajo, no estoy más que de paso en París; pero hasta el mes pasado he vivido en Auteuil, calle de Boileau, número 26.

El secretario tomaba nota de todas aquellas indicaciones.

—¿Qué profesión tiene usted?, volvió á preguntar.

—Me ocupo de representaciones comerciales y fui mucho tiempo secretario del Sr. Landesme, diputado por Sena y Oise.

—¿De modo que ahora vive usted en la fonda?

—No, señor, contestó el marido de Juana. Hace apenas media hora que he llegado, apeándome en la estación de Montparnasse, y cuando vengo á París, me hospedo en el faubourg Saint Denis, número 115, donde he conservado un cuarto.

En efecto, había conservado este domicilio, para el caso en que su hermano volviese á escribirle.

—Van á tomarse informes, dijo el comisario de policía; será cuestión de poco tiempo, pero mientras tanto me veo obligado á tener á usted á mi disposición.

En los ojos del niño brilló un destello de triunfo.

—¡Entonces usted me detiene!, exclamó Luciano con mal reprimida cólera.

—No puedo ponerlo en libertad, contestó el comisario suplente, sin haber comprobado esos informes.

—¡Ah! Esto pasa de raya. ¡De modo que, bajo la acusación de un niño, se detiene á un hombre honrado, y se le detiene sin pruebas, sin mandato, por consiguiente de un modo irregular, arbitrario, ilegal. Porque conozco la ley, caballero; se necesita un mandamiento en regla para mantener á alguien en estado de arresto!

—Por esto no queda usted arrestado, dijo el comi

sario de policía á quien esta salida dispuso bastante mal. El clamor público basta, sin embargo, para motivar su arresto, y en el caso presente es la acusación de este muchacho que pretende reconocer á usted y le ha hecho conducir por los guardias de servicio en el momento en que ese clamor se ha producido en la vía pública. Conozco mis deberes y me aseguro de su persona sin ponerlo en estado de arresto, lo que será incumbencia del señor comisario de policía y del señor procurador de la República, si ha lugar.

—¡Veremos!..

—¿Es preciso también que este muchacho espere?, preguntó el hermano de San Nicolás.

—Es inútil, contestó el secretario de policía. El señor comisario le hará llamar cuando sea necesario.

El religioso saludó y salió con el muchacho que, al pasar por delante del ladrón, le dirigió otra mirada de desafío, de triunfo y de odio.

Bajo órdenes que le fueron dadas en voz baja, uno de los agentes de la seguridad agregados á la comisaría salió y se fué á la calle de Boileau.

El marido de Juana fué conducido al gabinete del comisario bajo la vigilancia de un guardia que se instaló cerca de él. Se le evitaba así el encarcelamiento en el cuarto de seguridad.

Momentos después, entró el comisario y, puesto al corriente de lo que ocurría, se acordó del robo cometido en perjuicio del Banco Lavisart, Fleuret y C.^a, pues precisamente había actuado de comisario interino en el barrio del Mercado de vinos en el momento de la sumaria.

Luciano de Favreuse siguió protestando enérgicamente contra la acusación del pequeño Landry; pero, sin perder el tiempo en contestarle, el comisario, obedeciendo á una súbita inspiración, resolvió ir inmediatamente al Crédito Lyonés, á fin de ver si allí se encontrarían huellas de la presencia del hombre á quien el niño acusaba, el mismo día en que se cometió el robo.

—Esto sería, pensó él, si no una prueba decisiva de su culpabilidad, al menos una seria presunción en favor de la fidelidad de la memoria de su joven acusador.

—Una comprobación va á ser fácil de hacer, dijo él. Va usted á venir conmigo al Crédito Lyonés.

El miserable tuvo un estremecimiento; pero mostrando, sin embargo, mucha serenidad, contestó:

—Estoy pronto á seguir á usted.

Procuraba tranquilizarse pensando:

—¿Quién me va á reconocer? Y aun cuando me reconociesen. ¿Donde estará la prueba de que fui aquel día al Crédito Lyonés?

Se le hizo subir á un *fiacre* de cuatro asientos que había sido llamado, y el comisario se instaló á su lado, mientras que el secretario y un agente vestido de paisano ocuparon los dos asientos delanteros.

Una vez en el banco del bulevar de los Italianos, Favreuse, custodiado de cerca, fué conducido al despacho del jefe de informes, que era precisamente un antiguo jefe de seguridad.

El comisario explicó brevemente el caso y preguntó si se encontrarían huellas de alguna operación hecha el día del robo por el Sr. de Favreuse.

Las investigaciones no fueron difíciles de hacer, por cuanto el hecho solo databa de unas cuantas semanas.

Se recorrieron los diferentes libros en que constaban las operaciones del día, pagos, cobros, órdenes de bolsa, negociaciones, préstamos sobre títulos, etc. En ninguna parte se encontró el nombre de Edmundo de Favreuse.

Pero este nombre llamó la atención del jefe del servicio de las cuentas del depósito que dijo:

—¡Favreuse! ¡Favreuse! ¡Este nombre me suena!

Y después de una corta reflexión:

—Perfectamente, añadió, ¡me recuerdo muy bien!

Es el titular de una cuenta de depósito que extendió, hace algún tiempo, un cheque para el cual no había provisión suficiente y que hizo luego una entrega. Pero todo se pasó en debida forma, pues se recibió la suma antes de la presentación del cheque.

Esto bastó al comisario de policía.

—¿Estaba usted, pues, en relaciones financieras con el Crédito Lyonés?, dijo al marido de Juana. ¿Tenía usted aquí una cuenta de depósito?

—Todavía la tengo, contestó Luciano que sabía muy bien que su cuenta saldada con un ligero excedente á su favor, no debía estar cerrada.

Entonces el magistrado pidió informes más precisos é inmediatamente se hicieron otras averiguaciones. Después de haber examinado la cuenta, con sus cifras y fechas, dijo á Luciano:

—El robo en perjuicio del cobrador del Banco Lavisart, Fleuret y C.^a, se cometió el 11 de diciembre último. Su cheque de quince mil francos es del día anterior.

—¡Y bien!, dijo con altivez Luciano, ¿es que eso prueba algo?

—Al librar un cheque de esta suma, usted sabía perfectamente que se excedía del depósito.

—Usted dispense, caballero; lo ignoraba. Dí el cheque fuera de mi casa, á uno de mis amigos, para saldar una pérdida de juego, y no me tomé la molestia de examinar el balance de mi cuenta. Sólo al día siguiente observé, en mi casa, que había librado por una cantidad superior á mi crédito, é inmediatamente envié cuatro mil francos en carta certificada.

—¿De modo que el 16 de diciembre no le quedaba á usted dinero, y el 18 poseía usted cuatro mil francos?

—Los poseía antes del 18, contestó Luciano de Favreuse con una arrogancia que le dió la esperanza de demostrar inmediatamente esta presunción. En efecto, no fué el 18, sino el 17 cuando envié los cuatro mil francos. Es posible que la carta no fuese entregada aquí hasta el 18, pero por los registros de correos será fácil de obtener la prueba de que la expedí la víspera. Hice este envío del correo central, calle de Juan Jacobo Rousseau.

—¿A qué hora?

—Escribí mi carta por la mañana, y fué mi criada la que la llevó al correo, pero no la llevó hasta la tarde, porque yo vivía en Auteuil, es decir, bastante lejos del centro.

—¡Idea singular, teniendo estafeta en su barrio, eso de hacer llevar carta al correo central!, dijo el comisario.

—¡Supongo, contestó con impertinencia Luciano, que no es de eso de lo que se me acusa!..

El comisario de policía no contestó. Sentía instintivamente, á pesar de toda ausencia de prueba, que tenía al culpable y hubiera querido llegar á encontrar la indicación de su presencia en el establecimiento financiero el día del robo.

Ahora, con esa historia de cheque y de dinero enviado para restablecer una provisión en cuenta corriente, le parecía que el hijo del desgraciado cobrador no se había equivocado al reconocerlo.

Pero, á pesar de todas las averiguaciones, nada se encontró y nadie pudo sentar que el Sr. de Favreuse hubiese estado aquel día en el Crédito Lyonés.

Volvieron pues á la comisaría de la calle de Saints-Pères, donde se ordenarían otras investigaciones.

El agente enviado á Auteuil estaba de regreso y dió cuenta de su misión.

La portera le había informado acerca de la marcha de sus inquilinos y repitió todo lo que le había dicho.

—Es la verdad, dijo el miserable con aplomo. Acababa de perder una suma importante; no podía pagar, iban á embargarme y vender los muebles, y preferí partir.

—Eso me parece á mí muy singular, dijo entonces el comisario de policía. ¿Cómo! ¿Usted poseía aquel día cuatro mil francos que envió al Crédito Lyonés y abandona la casa que habita, sin pagar el alquiler ni á los tenderos que le habían vendido al fiado?

—No poseía más que aquellos cuatro mil francos, contestó el marido de Juana; apenas ciento ó ciento cincuenta francos, si mal no recuerdo. Tratábase de una deuda de honor. Equivocadamente había librado un cheque superior al crédito de mi cuenta; á riesgo de quedarme sin un céntimo y no poder hacer frente á mis otras obligaciones, mi deber estaba en pagar desde luego, porque, de lo contrario, hubiera cometido una estafa.

A este argumento, tampoco había nada que contestar.

—Pero ¿por qué marchó usted así, simulando un viaje, una corta ausencia, mientras que en realidad se marchaba usted definitivamente de la casa?, preguntó el comisario.

—¡Quise aborramme la humillación de confesar que no podía pagar, ni más ni menos!, contestó el hábil perillán con el aire más natural del mundo. Ello es fácil de comprender. También con esta intención envié mi criada al correo central en vez de enviarla á la estafeta del barrio, como usted me reprochaba hace poco, porque me hubiera sido demasiado penoso confesar á la muchacha que yo estaba arruinado.

Todas estas contestaciones, todas estas explicaciones eran muy naturales, muy admisibles, y no se encontraba absolutamente ninguna otra prueba, ningún indicio.

El miserable se sentía fuerte, gracias á las hábiles precauciones que había tomado.

El comisario se veía obligado á poner en libertad á aquel hombre á quien el pequeño Landry había acusado con tanta energía y seguridad, y cuando, á pesar de todo, tenía la intuición de hallarse en pre-

sencia del culpable, y no pudiendo encontrar ninguna prueba, ningún hecho capaz de determinar una presunción, por simple que fuese, se resignó á soltarlo.

Sin embargo, le dijo:

—Ruego á usted, caballero, que esté no obstante á disposición de la justicia, pues aún puedo tener necesidad de usted. ¿Vive usted, pues, en el faubourg Saint Denis, número 115?

—Sí, señor, contestó el marido de Juana triunfante. Pero le declaro que no parará aquí la cosa... He sido puesto en estado de arresto sin ninguna prueba, bajo la simple acusación de un niño cuyo testimonio ha sido preferido á mis protestas, hasta á las pruebas que yo daba de su error. Yo sabré hacer que se me haga justicia.

—Yo he cumplido con mi deber, declaró el magistrado. Usted haga lo que quiera.

Al salir, Luciano de Favreuse no notó que dos agentes, que habían recibido secretamente la orden de seguirlo, le esperaban á la puerta, y le siguieron, en efecto, con la mayor habilidad.

Congratúlase de haber salido tan bien librado de aquella malhadada aventura, y volviendo á seguir su interrumpido itinerario de la mañana, dirigióse hacia la casa del notario Verdelet.

Este había salido de París el día anterior.

Estaba de viaje con su sobrino y no regresaría hasta la semana siguiente.

Fué una contrariedad y, sin embargo, el marido de Juana se dijo:

«Quizá más vale así.»

Pero necesitaba dinero, pues había perdido hasta el último luis y el alumbramiento de Juana era inminente.

Entró en un pequeño restaurant de las cuatro esquinas de Bucy y almorzó.

En el exterior, los dos polizontes hacían buena guardia. Por la tarde, Luciano se fué á su círculo, esperando encontrar á uno de sus amigos, á quien pediría prestada la pequeña cantidad que necesitaba. Pero tuvo que esperar, porque no estaban allí las personas á quienes contaba dirigirse.

Entonces, uno de los dos agentes de policía tuvo el buen acuerdo de aprovecharse de la circunstancia para tomar algunos informes, y lo comunicó á su colega, que continuó, solo, vigilando la salida.

Allí supo que desde fines de diciembre, el Sr. de Favreuse había perdido sumas considerables y ni un solo día había dejado de ir al círculo.

Esto se hallaba en contradicción con las afirmaciones del señorito, que había declarado haber viajado por provincias como representante de comercio.

Volvióse inmediatamente, mientras el segundo polizonte seguiría vigilando, tomó un *fiacre* y se hizo conducir á la comisaría á fin de dar parte de sus descubrimientos á su jefe.

Desde aquel instante el comisario de policía no vaciló más, se fué al círculo con el agente de la Seguridad, y á pesar de sus nuevas protestas, puso á Luciano en estado de arresto.

Las noticias recogidas por el polizonte fueron confirmadas, é interrogado sobre el particular, el miserable, que se consideraba perdido, se negó á dar explicaciones.

Llevaronle á la cárcel y se ordenaron otras investigaciones, al mismo tiempo que el juzgado y el servicio de la Seguridad tomaron cartas en el asunto.

Luciano, á pesar de las hábiles precauciones que había tomado, se sentía perdido.

Aún esperaba que no se podría encontrar ninguna prueba formal de su culpabilidad, no teniendo realmente contra él más que la acusación del pequeño Landry.

Si había jugado y perdido, nada probaba que fuese con dinero robado.

¿No había tenido en sus manos toda la fortuna de su mujer? ¿No podía pretender que fué para salvar los últimos restos de esta fortuna el abandonar la casa de la calle de Boileau sin pagar lo que debía, y que era con aquello con lo que había jugado?

Lo que le preocupaba sobre todo era la situación de Juana.

Y su impotencia le tenía rabioso.

A Juana no le sorprendió ver que su marido no volvía en todo el día; pero por la noche empezó á estar inquieta.

En la disposición de espíritu en que se hallaba, se alarmaba más fácilmente todavía, porque sentía, desde hacía algunas horas, evidentes síntomas de alumbramiento.

Y tenía miedo de encontrarse sola en aquella casa aislada, en un punto inhabitado, en un rincón donde no conocía á nadie.

(Se continuará.)



EN AUTEUIL.—MODAS Y CARRERAS



Con un tiempo magnífico efectuáronse el día 11 de este mes las célebres carreras de Auteuil, que ofrecen todos los años un doble interés: el deporti-

objeto de arte regalado por éste y en 50.000 francos; la distancia que debía recorrerse era de 4.200 metros. Tomaron parte en ella diez y seis caballos, y

reras efectuadas aquella misma tarde y que fueron: la del premio del Bosque (3.000 francos, 3.500 metros); la del premio Le Gourzy (20.000 francos, 4.000



Toilettes de primavera exhibidas en las carreras de Auteuil. (De fotografía de M. Branger.)

vo, porque en ellas se corre el premio llamado del presidente de la República; y el de la moda, porque en ese día pueden admirarse en aquel hipódromo las creaciones de los principales modistos y modistas parisienses para la temporada de primavera.

El paisaje ofrecía un aspecto deslumbrador; allí estaban todas las reinas del mundo elegante luciendo los vestidos y sombreros que constituyen la última palabra de las grandes casas de confección, atrayendo las miradas de los más distinguidos *sportmen*, que repartían su atención entre las atracciones del sexo bello y las peripecias de las carreras.

¿Citar nombres y describir *toilettes*? Sólo para lo más saliente necesitaríamos un espacio de que no disponemos.

A las dos y media llegaron al hipódromo el señor Fallieres y su esposa, siendo recibidos por el señor Mollard, director del protocolo; por el príncipe Murat, presidente de la Sociedad de los Steeple Chasse de Francia, y por los individuos del comité de la misma, quienes les acompañaron a la tribuna oficial.

De todas las carreras que se efectuaron, la más interesante fué, sin duda, la del premio del presidente de la República, premio consistente en un

«Journaliste» el caballo ganador del premio del presidente de la República. (De fotografía «Rapid.»)

después de una reñida lucha, llegó primero a la meta *Journaliste*, propiedad del Sr. Firchkof y montado por el jockey Sauval; ese caballo, que ha ganado durante su vida importantes premios, hizo una carrera lucidísima, venciendo a muchos temibles competidores, entre ellos *Sosthene*, de C. Lienart, montado por Carter, y el favorito *Stokes*, de Hitchcock, montado por Parfremont.

Aunque no tanto como la del premio del presidente de la República, tuvieron interés las otras ca-

Toilettes de primavera exhibidas en las carreras de Auteuil. (De fotografía «Rapid.»)

metros); la del premio de Turena (objetos de arte, 4.000 francos); la del premio de Apremont (6.000 francos, 4.000 metros), y el premio del Puente de Jena (4.000 francos, 3.100 metros). Estos premios fueron ganados: el primero por *Goutte d'Or*, del Sr. Guerlain; el segundo por *Domination*, de C. Brossette; el tercero por *Arequipa*, del Sr. Darrou; el cuarto por *La Corse*, de C. Lienart, y el quinto por *Aureale*, de C. Brossette, montados respectivamente por los jockeys Hawkins, Sauval, Bossut, Cartet y Saval.

En las apuestas mutuas de 10 francos, los que habían apostado por los caballos vencedores cobraron: por *Goutte d'Or*, 56 francos; por *Domination*, 44; por *Journaliste*, 135'50; por *Arequipa*, 40; por *La Corse*, 40'50, y por *Aureale*, 29'50.

Para que nuestros lectores se formen idea de la multitud que acudió aquel día al hipódromo de Auteuil, bastará decir que se recaudaron por entradas 168.000 francos y que el importe de lo apostado en las apuestas mutuas ascendió a 2.613.425 francos.

En cuanto a los trajes y sombreros que entre la multitud femenina se destacaron por su elegancia y novedad, las fotografías que en esta página reproducimos representan algunos de los más notables que pudieron admirarse en aquella fiesta hipica.—S.



Barcelona.—Vermouth de honor celebrado en la Vaquería del Parque como demostración de simpatía á M. Tourón, empresario del nuevo velódromo «Parque de Sports,» el día 11 de los corrientes. (De fotografía de A. Merletti.)

Convocados por el periódico de deportes *El Mundo Deportivo*, reunieron en la mañana del domingo, día 11 de los corrientes, en la Vaquería del Parque gran número de ciclistas y motoristas con objeto de hacer una demostración de simpatía al Sr. Tourón por haber dotado á Barcelona del mag-

nífico velódromo Parque de Sports, de cuya inauguración dimos cuenta oportunamente en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

En número de doscientos, después de bebido el vermouth, se dirigieron por el Paseo de San Juan y por la Granvía Diagonal al citado velódromo, en

donde estrecharon la mano al Sr. Tourón y á los directores de aquél. El Sr. Cusidó dió las gracias á los asistentes, disolviéndose luego la reunión.

Fué una agradable fiesta de compañerismo, que dejó sumamente satisfechos á cuantos en ella tomaron parte.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

HIGIENE de las SEÑORAS
DILUIDO EN AGUA, EL
CRYSTOL TOCADOR
Es el remedio soberano de las afecciones uterinas cura las *flores blancas*, las *me'ritis* y en general todas las *dolencias de las vías uterinas*.
PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas Farmacias.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó *Leche Candès*
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Bis-Denis, 26
Casa GANDES

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal *
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesantes texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.— Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS
CARNÉ-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL APÍOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrúfulas, etc.
PILULES de BLANCARD
LA GERIENS CHAPUIS
APROBADAS por la Academia de MEDICINA
al IODURO de HIERRO INALTERABLE
DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Par. los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Nueva York.—Nuevo tipo de automóvil para regar y barrer á la vez las calles. (De fotografía de «Argus Photo-Reportage.»)

Todas las ciudades que quieren vivir á la moderna se preocupan, en primer término, de cuanto á la salud pública y á la higiene se refiere; y como consecuencia de esto, atienden con solicitud especialísima á la limpieza de las calles, pues sabido es que de ella dependen en gran parte las buenas condiciones de salubridad de una población.

De este modo consiguen asimismo aparecer más bellas, ya que la suciedad es indudablemente lo que más afea, así á las personas como á las cosas. ¡Cuántas capitales llenas de atractivos, favorecidas por la naturaleza con climas deliciosos y dotadas de elementos suficientes para cautivar á los forasteros, causan á éstos, cuando las visitan, una impresión penosa, sólo por la falta de limpieza!

Las ciudades de los Estados Unidos pueden señalarse como modelos bajo el concepto de la policía urbana, para cuyos servicios emplean las máquinas y los aparatos más perfeccionados. Recientemente en Nueva York se ha ensayado el nuevo tipo de automóvil que reproduce el adjunto grabado y que sirve al mismo tiempo para regar y barrer las calles. Las pruebas efectuadas han dado resultados excelentes; la nueva máquina practica la limpieza con rapidez y perfección extraordinarias, siendo por consiguiente seguro que será inmediatamente adoptada; pues en aquel país las reformas beneficiosas se implantan sin tardanza, sin tener que luchar con intrusiones, obstáculos y oposiciones que en tantas otras capitales son rémora de todo lo que significa mejora y adelantamiento.

En todas las Farmacias del Globo.

INSTRUCCIONES
SOBERANAS
JARABE DELABARRE
Y SOBRE LOS
Substitutos de los Niños

FUMOUZE - PARIS

Primera Dentición

JARABE DELABARRE

Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición

Exíjanse el Nombre de Delabarre
y el Sello de la "Union des Fabricants".

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, París, que envía gratis su curioso librito.

**REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD**

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

FUMIGATION

MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

Las
Personas que conocen las

PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenterias*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.